

Ioana Gruia

LA VENDEDORA
DE TIEMPO

Prólogo de *Luis García Montero*



ESPUELA DE PLATA
SEVILLA • MMXIII

© Ioana Gruia
© Prólogo: Luis García Montero
© 2013. Ediciones Espuela de Plata

www.editorialrenacimiento.com

POLÍGONO NAVE EXPO, 17 • 41907 VALENCINA DE LA CONCEPCIÓN (SEVILLA)

tel.: (+34) 955998232 • editorial@editorialrenacimiento.com

LIBRERÍA RENACIMIENTO S.L.

Diseño de cubierta: Equipo Renacimiento, a partir de un montaje con las obras
Morning Sun (1952) y *Rooms by the Sea* (1951) de Edward Hopper

DEPÓSITO LEGAL: SE 685-2013 • ISBN: 978-84-15177-79-1

Impreso en España • Printed in Spain

PRÓLOGO

LAS NARANJAS Y LA VIDA

EL tiempo de las negaciones educa a sus víctimas más rebeldes en la afirmación de la vida. Podemos referirnos a una dictadura o a una enfermedad mortal. Al hablar de la novela de Ioana Gruia no ponemos en riesgo la atención del lector si contamos el final, porque el argumento mismo empieza por el final. Muy pronto sabemos el desenlace, la muerte inevitable de la protagonista, ya que intuimos que no va a haber milagro. No es ese el cuento. Los juegos entre la realidad y la ficción marcan sus fronteras. La capacidad ilimitada de imaginar y de jugar con la realidad pasa por la conciencia de que cada espacio tiene su propia autonomía. Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Quiero decir: al cuento lo que es del cuento y a la realidad lo que es la realidad. En la parte que representa a las verdades del barquero en esta historia de ficción, la muerte de Silvia no se mezcla con los engaños. Está anunciada.

El interés reside en la despedida, en el minucioso proceso de negociación con ese final anunciado. ¿Quién es ella? Caben muchas

cosas en los secretos de una vida humana, sobre todo en la existencia de una extranjera, de una dama con misterio, dueña de su soledad. Pero el lector empieza poco a poco a recibir los datos que conforman una personalidad y un modo de actuar. Silvia fue una mujer que creció en una dictadura. La falta de libertad, la impertinencia del poder y la capacidad de humillación de la mayoría de las víctimas, en sucesivos capítulos de su vivir cotidiano, la acostumbraron a reaccionar con una apuesta decidida por el vitalismo. Era una forma de rebeldía. Por eso, cuando recibe el diagnóstico de su enfermedad, se enfrenta a la muerte como si se tratase de una figura más del autoritarismo. Lo vende todo, viaja a una ciudad lejana y negocia con ella misma sus últimos días con una entrega clara a los sueños de la juventud. La acompañan el amor, el erotismo, sus recuerdos y la complicidad.

Frente a la obediencia surge la necesidad de cambiar de vida. O sea, por acentuar la decisión: el cambio de vida como despedida de la vida. Y en ese cambio, en esa invocación a la distancia, la mujer extranjera, que parece surgida de un cuadro de Hopper, busca complicidades. Esta búsqueda es en el fondo su único equipaje. La existencia le ha enseñado que ser rebelde no significa quedarse sola, sino elegir con cuidado las compañías. El paso de la historia formó grupos, dividió el presente. Lo sabemos por el recuento de su vida rumana. La madre y la hermana representan la vigilancia, la incomprensión, la sequedad, una defensa puritana de las normas que apenas oculta el peso de los rencores y del egoísmo. Su padre y su tía quedan del otro lado. Capaces de comprender a los demás, le ofrecen a Silvia la enseñanza de la compasión y la complicidad. Pero también aprende en ellos que la cobardía pasa factura, que el miedo y la indecisión empujan al fracaso. De ahí que la vitalidad

de la protagonista sea un ejercicio permanente de valentía. Más peligrosa que la temeridad es la renuncia. Ella lo sabe y esta sabiduría motiva sus decisiones.

También está –claro– el buen amor, ámbito último de la complicidad. El buen amor se mueve como una compañía que mezcla la complicidad y el arrojo. La protagonista luminosa consigue en la ciudad extranjera crear una nueva familia. Un accidente imprevisto le arrebató el amor de su vida. Pero el viaje depara otra oportunidad para los vínculos. Un amante y un niño le permiten dos lujos: seguir sintiendo la necesidad de cuidar y seguir recibiendo cuidados. Es decir, seguir en la inercia de contarse la vida para crear sentido en un entendimiento común y para responder a las precariedades con la imaginación. En el horizonte hay una aventura, un barco pirata, un modo de pensar en un mundo más libre. La presencia de la literatura entre los personajes, el deseo de jugar con las palabras hasta el punto de empeñarse en fotografiarlas, la reescritura de famosas novelas que se adaptan al propio corazón, permiten mantener una ilusión serena en el tiempo de la hostilidad. Literatura dentro de la literatura, ficción en la vida, vitalismo frente a cualquier forma de autoritarismo. Maneras de vivir y de morir. No hay para ella mejor manera de morir, de despedirse, que el todavía. Como escribió Federico García Lorca, morirse siendo un amanecer, un manantial.

El tono de la novela es de una grave serenidad porque la protagonista está negociando su adiós. Y llega al final siendo amanecer. En sus nuevos ámbitos de complicidad, conserva a la niña que fue. Sus ojos de hoy mantienen la mirada infantil que convertía los tilos en naranjos, en regalos de vida. La naranja representa una felicidad humilde en épocas de barbarie y negación. Los juegos del final son fieles también a la pequeña vendedora de tiempo, la tendera que

ofrecía a sus seres queridos un muestrario de días, horas, meses, años, para multiplicar la existencia.

La escritura de Ioana Gruia sostiene las estrategias negociadoras de su protagonista con la muerte. Como una lluvia fina y minuciosa consigue emparar la realidad, penetrar con exactitud en el interior de Silvia. Crea una atmósfera, una mirada, un tiempo, una lentitud, un modo de sentir. En él vivimos los lectores. Comprendemos por dentro la inquietud, la fragilidad, el miedo, pero respiramos también por dentro una negociación vital que nos mantiene a la espera y nos da serenidad.

Dama misteriosa, vital y quimerizante es Ioana Gruia, la autora de este libro. Civilizada como la Europa que nunca existió. Vino desde Rumanía para escribir en español con la fuerza de una lengua materna. La vida le ha enseñado las estrategias rebeldes de la imaginación.

LUIS GARCÍA MONTERO

A Pieralberto

PRIMERA PARTE:

EL BARCO FANTASMA

VINE para estar lejos, para intentar olvidar que me queda poco tiempo de vida. Llevo un mes en Mar del Plata, me alojo en un hotel caro, doy paseos diarios por la playa y procuro no esperar demasiado de las cosas. Desde la habitación veo el mar. Es un consuelo, sobre todo de noche, cuando no puedo dormir y paso las horas mirando cómo rompen las olas. Son tercas esas olas, olas de mar bravo. Son tercas como yo, si es que todavía conservo algo de mi proverbial obstinación.

Compré algunos discos de tango. Compré también una cadena de música y escucho una y otra vez «La abandoné y no sabía» y «Pa' que bailen los muchachos». Intento volver a creer lo que siempre creí, que la vida es una milonga y que, ahora más que nunca, no debe estar en otra parte.

Se levanta del sillón y empieza a dar vueltas por el cuarto. Se acerca a la ventana y mira el mar. «Está muy quieto esta noche», murmura. Falta poco para el amanecer. Vuelve a sentarse delante

del escritorio y relea la carta, siguiendo las palabras con el dedo. Recuerda que hacía lo mismo de pequeña: acariciaba las palabras, como si fueran pequeños animales dormidos.

Apoya la cara entre las manos. Alza los ojos hacia el espejo colocado delante de la mesa y la cama y ve el rostro de una mujer todavía muy hermosa. Sonríe y comprueba que tiene la misma sonrisa espléndida de siempre, los dientes regulares y blancos, la boca grande, carnosa, sin apenas arrugas alrededor de las comisuras. Empieza a tocarse despacio las mejillas, la nariz, los ojos, la melena rojiza, el cuello. Baja la mano hasta el seno y la sonrisa desaparece. Se levanta con un gesto brusco y va corriendo a la cama. Se tapa con las sábanas y espera que despunte el día. Se duerme con el rostro vuelto hacia la ventana.

No ha bajado la persiana y la despierta la luz del mediodía, que entra a raudales. Abre y cierra enseguida los ojos. Siente que tanta luz la hiere en algún rincón escondido de su cuerpo. Tantea en la mesilla de noche hasta encontrar el teléfono. Marca el número de la recepción y pide que le suban el desayuno. No tiene hambre, pero necesita la ilusión de que la vida conserva su cotidianeidad habitual, su ritmo apacible.

Pasados unos minutos, escucha un golpe tímido de nudillos en la puerta. No se levanta. El golpe se hace más fuerte y luego oye una voz agradable, musical, que pregunta si puede entrar. Abre y vuelve a la cama, mientras le dice al joven que empuja el carrito con la bandeja del desayuno que lo deje al lado de la mesilla de noche.

El chico es guapísimo. Le pregunta si puede ayudarla a acomodarse para desayunar en la cama. «No me encuentro muy bien», se justifica. Él se inclina solícito y organiza con las almohadas una confortable arquitectura que dispone con suavidad detrás de la mu-

jer. «Permiso» dice y le toca el cuello para colocar la última almohada. Ella le mira las manos, luego la cara y sonrío. Se da cuenta de que al chico le sorprende la belleza de su sonrisa y que se queda mirándole la boca. «Usted es una mujer muy hermosa», le dice. Él también tiene una boca grande y carnosa. La asalta un deseo punzante de besarlo. Está cerca, el rostro todavía inclinado hacia ella, después de ayudarla a acomodarse entre las almohadas. Sólo tiene que tocarle las mejillas y atraerlo hacia sí despacio. ¿Y si la rechaza? Lo más natural es que se libre educadamente de su abrazo y que tenga lástima de ella, que piense que se trata de una mujer mayor y enferma que quiere parecer a toda costa joven y sana.

El chico pregunta si desea algo más. Ella contesta que no y le da las gracias. Siente en la garganta un gusto amargo, una mezcla de deseo, tristeza e indiferencia. Quiere que aquel chico la bese, la acaricie e incluso entre despacio en su cuerpo para recordarle que la vida sigue todavía ahí, a su lado, que no la ha abandonado, y a la vez la anticipación de este recuerdo le provoca no sólo anhelo sino también un encogimiento del corazón y una extraña apatía. Él sale casi de puntillas, como ha entrado. Cierra los ojos y lo ve.

Está inmóvil, inclinado sobre ella, las manos apoyadas en las almohadas. Acerca sus labios a los de Silvia y le muerde la boca. Ella responde con besos suaves y lentos, pero él no sigue su ritmo, tiene el suyo, apresurado, nervioso, impaciente. El chico entierra la cara en la melena rojiza. Los dedos de Silvia lo despeinan despacio y luego recorren su espalda, le desabrochan el cinturón, vacilan un poco y después empiezan a tocarle el sexo, le separan las nalgas y le bajan los pantalones.

Entra dentro de ella con dulzura. Se mueve cada vez más rápido. El orgasmo llegará pronto y la hará olvidar la noche en vela, las

demás noches en vela en su habitación del hotel Hermitage y las innumerables noches en vela previas a su llegada a esta ciudad donde por suerte nadie la conoce. Aprieta más fuerte las nalgas del chico. Está tendida en la cama de su casa de Bucarest. El hombre que le murmura palabras inconexas y entrecortadas al oído es Valdi. Recuerda perfectamente cada una de las palabras que durante tantos años se dijeron cuando estaban a punto de correrse, palabras que se intercambian millones de parejas en todo el mundo y sin embargo eran sólo suyas, palabras que su hermana Lidia consideraría seguro vergonzosas, palabras cuya evocación le ofrece ahora, en esta cama del hotel Hermitage de Mar del Plata, mientras escucha el rumor del mar y se pregunta cuánto tiempo le queda de vida, el poderoso consuelo del sexo, del cuerpo joven que imagina moverse dentro de ella hasta provocar las sacudidas de inmenso placer previas al oleaje.

Respira hondo e ingresa en aquel estado de flotante felicidad que conoce tan bien y que los últimos meses ha creído vedado para siempre. Todo su ser reclama un nuevo oleaje con la desesperación de un naufrago que se agarra a un trozo de madera en medio del mar. Se abre completamente de piernas. El joven comprende lo que quiere y empieza a tocarle el sexo. Silvia vuelve a encontrar el tacto de la mano de Valdi en la presión delicada pero firme de los dedos del muchacho, que describen alternativamente círculos concéntricos y líneas rectas. La presión se hace más intensa y ella deja de pensar en nada y de recordar quién es y qué historia la ha traído hasta aquí, hasta esta cama de hotel tan cerca del mar, porque es el mar el que invade su cama.

Con los brazos fatigados de placer le lleva la cabeza hacia abajo. Al sentirle los labios y la lengua sigue empujándolo despacio hasta

lograr que la inunde de nuevo. Tensa las piernas, las dobla, apoya los pies en sus nalgas. Él comprende que le exige más y continúa hasta dejarla otra vez exhausta y feliz. Cuando se detiene y la besa de nuevo en la boca, Silvia siente el gusto de su propio sexo y su propia piel: un lejano pero certero reconocimiento, un frágil y a la vez seguro consuelo.

La escena que acaba de imaginar le hace sonreír. Abre los ojos y se contempla el cuerpo en el espejo. Puede resultar todavía atractiva, incluso muy atractiva. Las piernas guardan bastante de su agilidad juvenil y, aun cruzadas por varices finas, no se hinchan nunca. Las abre y se acaricia el sexo. El espejo le devuelve la imagen de un triángulo negro, estremecido por la mitad y enseguida cubierto por una mano surcada por manchas pequeñas y pliegues delgados. «Empiezo a tener manos de vieja», piensa. Recuerda que hace muchos años, cuando su madre era más joven que ella ahora, le dijo que la vejez comenzaba a notarse en las manos. Desde entonces, cada vez que está delante de una persona entrada en años que aparenta menos de su edad le mira las manos.

Ahora mira la suya mientras continúa la caricia. Introduce despacio un dedo y luego otro. Se muerde el labio inferior y después abre la boca en una sonrisa amplia. Desea que el joven entre y la sorprenda así. Se hunde entre las sábanas, se tapa, aparta los ojos del espejo y los dirige hacia la ventana. El cielo está nublado, tal vez va a llover. Ve al lado, en la mesilla de noche, la bandeja del desayuno. Se toma las medialunas, el zumo y el café ya frío.

Se acerca al escritorio y relee la carta. Vuelve a mirarse en el espejo y roza con las puntas de los dedos el seno izquierdo. Tiene la sensación de que toca un pájaro indefenso al que tienen aprisionado en un puño y no sabe qué pasará con él. «Inoperable». La voz del

oncólogo sonó inesperadamente como un alivio después de todas las noches en que se despertaba sudando de miedo, pensando que le iban a quitar el seno. Su hermana empezó a gritar en el consultorio mientras ella y Valdi se miraban en silencio. «Haremos quimioterapia», añadió el médico. Su voz parecía muy cansada, la voz de alguien derrotado. Ahora, en este hotel al lado del mar de Mar del Plata, recuerda pocas cosas con igual claridad que la derrota de aquella voz. Cuando terminó de exponerle el tratamiento que iba a seguir, ella se derrumbó, se dejó caer en una silla y comenzó a sollozar. El oncólogo tuvo que llamar a varias enfermeras. Le dieron un calmante, la tumbaron en una camilla. Horas más tarde se despertó vestida en su cama al lado de Valdi, que dormía abrazado a ella, con la mano sobre su pecho. Lo despertó con fuerza e hizo que la desnudara, aunque él protestaba tímidamente. «Fóllame», dijo, «fóllame ahora mismo». Encaramada a su cuerpo, lo obligó a penetrarla una y otra vez, se metió su sexo en la boca para volver a excitarlo y no se apaciguó hasta que quedaron exhaustos. Cuando él se durmió, ella buscó en el mueble bar su coñac preferido. Bebió media botella con uno de los calmantes que le habían dejado en el hospital para poder dormir. A la mañana siguiente fue tambaleante al baño. Encontró a Valdi ovillado y llorando en la bañera.

Otra cosa que recuerda ahora con nitidez, aparte de la voz derrotada del médico, es esta imagen de Valdi en la bañera. Brusca-mente envejecido, parecía un anciano de cabellos ralos y canosos y manos apoyadas en las mejillas llenas de lágrimas. Ni Valdi ni ella tenían todavía sesenta años, pero aquella mañana comprendieron que estaban ya muy cerca del otro lado de la vida, por mucho que intentaran disimularlo entre las sábanas. Valdi la sintió entrar y la miró suplicante. Ella se acercó y entró junto a él en la bañera. Él le

acarició los ojos, las mejillas, la melena rojiza, se entrelazaron y se quedaron callados mientras el agua llenaba la bañera.

Se sienta y sigue escribiendo:

Quiero decir que la vida tiene que estar ahora aquí, de mi lado. Compré con mi dinero la poca que me queda. Vendí la casa que me dejaste, con todos los muebles. Vendí también algunos cuadros. Me costó desprenderme sobre todo del último que pinté, no sé si te acuerdas: dos siluetas negras, un hombre y una mujer, corriendo sobre un fondo dorado y brillante de arena, cogidos de la mano pero con los cuerpos alejados y las caras vueltas en direcciones opuestas, como si cada uno persiguiera su propio espejismo.

Ahora me arrepiento de haberlo vendido, pero necesitaba dinero, todo el dinero posible, para poder morir tranquila en una ciudad al lado del mar. Elegí ésta por impulso, porque necesitaba alejarme, estar en la otra parte del mundo. Ya sé que hubiera podido escoger una ciudad más cercana, pero cedí a un deseo que tuve desde pequeña: ser siempre una mujer desconocida en una habitación de hotel de una ciudad que no fuera la mía, una ciudad lejana al lado del mar.

Amor, no me siento con fuerzas para seguir ahora. Tendrás que perdonarme.

Se levanta y vuelve a la cama. Quisiera dormir, pero al cabo de una hora de mantener los ojos en la ventana y de recrearse en reconstruir la imaginaria escena con el joven camarero, decide dar un paseo por la playa, como todas las tardes. Baja, deja la llave en el mostrador y mira alrededor con disimulo, pero no lo ve. Sale del hotel, cruza la calle y se encuentra en la playa. Mira el reloj. Son sólo las cinco, pero el día sigue muy nublado y parece casi de noche. Se

quita los zapatos y empieza a caminar por la arena fría y húmeda. Llegó cuando todavía hacía calor y se pudo bañar durante una semana. Ahora comenzará el frío y tendrá que esperar algunos meses para darse un baño en el mar. ¿Vivirá todavía algunos meses?

Se mete las manos en los bolsillos e inicia un trote infantil, un movimiento que no ha hecho desde niña.

Entonces ve una silueta que, lejos, en el dique, le hace señales con la mano. Apresura el paso. La silueta se dirige hacia ella, casi corriendo. Ahora puede comprobar que se trata de un hombre joven, más joven incluso que el camarero. Cuando se encuentran le parece reconocer el rostro agradable, de ojos luminosos y sonrisa amplísima.

—Usted es la señora que se aloja en el Hermitage, ¿no es cierto?
—le pregunta el hombre a modo de saludo.

—¿Cómo lo sabe?

—Una vez fuimos allí a la cafetería. Entonces la vi.

—¿Fuimos? ¿Quiénes?

—Una amiga y yo.

Se sienta en la arena y sigue mirándola. La invita con un gesto a sentarse a su lado.

—Me fijé en usted desde que la vi. Me recordó esos cuadros de Hopper donde aparecen mujeres solas leyendo o absortas en sus pensamientos.

Silvia baja los ojos e intenta desviar la mirada hacia el mar. La comparación con las mujeres de Hopper la halaga. La encuentra, además de exacta, propia de unos ojos muy finos, capaces de identificar enseguida un parecido adoptado de forma casi deliberada, ojos de un hombre que comparte con ella el mismo imaginario afectivo poblado por mujeres solas leyendo o absortas en sus pensamientos,

un hombre que no podía conocer el vínculo íntimo que la unía con estas mujeres pero lo adivinó la primera vez que la vio.

—¿Quién es usted?

El hombre la interroga no sólo desde la cercanía de su cuerpo sentado en la arena, sino también, ella lo siente enseguida, desde muy lejos, desde aquella región donde se almacenan los recuerdos y los sueños de la infancia que persiguen durante toda la vida a una mujer que siempre quiso ser una desconocida en una habitación de hotel de una ciudad lejana al lado del mar. A Silvia le parece que la voz del joven suena a la vez desde el mar, como la sirena de un buque fantasma. Lo observa con atención y sonríe:

—Le gustan las preguntas, joven.

—Contésteme, por favor. ¿Quién es usted?

No tiene tiempo para responderle. Un niño llega corriendo y se echa en los brazos del hombre. La mira curioso:

—¿Quién es esta señora?

—Vamos, Julio, es tarde, vamos a casa.

Se levanta y toma al niño de la mano. Antes de irse le dice en voz muy baja:

—Ya lo ve, hasta Julio quiere saber quién es usted. ¿Volverá mañana?

—Sí —contesta ella y cuando los dos, tomados de la mano, desaparecen de su vista, empieza a llorar.

Llora durante mucho tiempo en la arena. Cuando se da cuenta, es de noche. Siente frío y dolor en todo el cuerpo. Regresa casi corriendo al hotel. Una vez en la habitación abre al máximo el grifo del agua caliente y se mete en la bañera. Tiene una sensación instantánea de alivio. Siempre le ha gustado bañarse con agua caliente, muy caliente. Recuerda que hace tiempo quedaron Valdi y ella con

dos amigos, Marta y Alex, que habían emigrado y que estaban de paso en Bucarest. En un momento dado empezaron a hablar de por qué se habían ido. Marta, su compañera de Facultad, la brillante Marta, la que se sabía de memoria el «Soneto de la dulce queja» de Lorca y «El remordimiento» de Borges, la que podía pasarse horas hablando de Eliot y por milagro había conseguido todas las obras de Faulkner en inglés, conoció a un sueco en una discoteca de la playa y a la tercera cita le pidió que se casara con ella y que la llevara a Suecia. Alex, el muchacho de pelo largo que tocaba la guitarra primero en fiestas de adolescentes y luego en escenarios cada vez más importantes, esperó cuatro años para que lo dejaran ir a un concurso a Canadá. Por suerte, el concurso se celebraba todos los veranos. Cuando por fin logró el visado, se quedó en Toronto cantando de noche en bares y haciendo de chófer de taxi durante el día. En cuanto a Valdi, después de haber sido en varias ocasiones interrogado sobre las intenciones ocultas de sus novelas y sobre las declaraciones que había hecho a un periódico francés, y dos veces golpeado, no tuvo más remedio que irse, sin despedirse de nadie. Ni siquiera ella supo cuándo se fue. Ninguno volvió de forma definitiva después del ochenta y nueve, excepto Valdi. No aguantaba más la separación de Silvia, no se había acostumbrado a escribir en francés y además había recuperado la casa nacionalizada de sus padres.

Si ella hubiera podido, dijo, se habría ido a Francia no sólo para estar con Valdi, sino también porque estaba harta de ducharse con agua fría. Recuerda que Marta y Alex la miraron con extrañeza, incluso con reproche: parecían esperar una razón más poderosa, algo concreto y terrible o por lo menos, como en su caso, una oportunidad para escapar de toda una vida y buscar otra. Silvia añadió que habría decidido irse por muchas más cosas, por supuesto, pero

si le pidieran un motivo que no fuera Valdi, el primero que se le ocurría era ése. No quería más volver a casa hecha pedazos después del instituto, de las miradas de las demás profesoras que la compadecían en voz alta por su divorcio y la odiaban por su cuerpo, por su sonrisa, por su amistad con Valdi —que, según insinuaban, le enviaba perfumes desde Francia—, por su actitud de estar siempre en otro lugar, más amable, más propicio a lo que su compañera Suzi Stan llamaba «una vida bonita» —puede oírlo todavía decir, con su entonación aguda y atropellada, «una vida bonita, chicas, una vida bonita bonita»—, después de las horas de clase delante de unos niños adormecidos y ausentes, cuyos padres desfilaban como sombras los días de reunión y le explicaban que bastaba con que el niño supiera su propia lengua sin necesidad de atormentarle con otra, después de los dos tranvías sucios que tomaba hasta su barrio y que la dejaban a una media hora de camino de su casa, muerta de frío en invierno e inundada de sudor en verano, no quería más volver así a su apartamento —una bendición, según su hermana, dos habitaciones para ella sola, todo un lujo del que nadie, le recordaba continuamente, nadie que viviera solo podía disfrutar—, meterse en la bañera y esperar en vano a que saliera el agua caliente, cortada casi siempre. A veces la abrían de noche. Se enteraba porque sentía agitación en el piso de arriba, alguien había ido al baño y había abierto por equivocación el grifo del agua caliente para lavarse las manos y milagro, salía agua caliente; despertaba a toda la familia y hacían turnos para ducharse, metiéndole prisa al que estaba en el baño, «no vaya a ser que la corten justo ahora», decían, ella podía oír sus palabras a través de las paredes delgadas. Entonces se levantaba de un salto de la cama, llenaba la bañera y se quedaba dentro largo rato, enjabonándose con el jabón perfumado que Valdi le había enviado desde

Francia. «Al final va a ser verdad lo que murmuran de mí», se decía sonriendo. Luego se secaba despacio con una toalla grande y suave que guardaba para estas ocasiones y volvía a la cama feliz.

Cierra el grifo y se queda quieta, sumergida hasta el cuello en el agua. Se mira el cuerpo: debajo del agua y de la espuma del gel parece más joven. Sabe que la ilusión no va a durar mucho, que pronto el agua le arrugará aún más la piel de las manos y los pies. Al cabo de unos minutos se seca despacio con la toalla grande y suave del hotel.

Una vez en la cama se duerme enseguida. A la mañana siguiente el rostro descansado y rejuvenecido que el espejo le devuelve le confirma los efectos benéficos de la primera noche que no ha pasado en vela desde que llegó. Considera la posibilidad de pedir de nuevo el desayuno en la habitación. Al final decide bajar. Cuando entra en la cafetería unos pasos se acercan detrás y Silvia identifica la misma voz que llega desde muy cerca y desde muy lejos, desde la cafetería del hotel Hermitage y desde el mar que se ve por la ventana:

—Buenos días. Quería verla. Pensé que tal vez no volvería a la playa hoy o que quizá no íbamos a coincidir y entonces...

—Entonces decidió venir a mi hotel. ¿Por qué no preguntó por el número de mi habitación?

El joven niega con la cabeza mientras sonrío:

—No me dijo su nombre, ¿recuerda? Además, quería que nos encontráramos como por casualidad. Sabía que en algún momento iba a bajar.

—No he desayunado todavía. ¿Quiere acompañarme?

Eligen una mesa cerca de la ventana. Se quedan en silencio durante unos minutos. Luego ella dice:

—¿Y su amiga?

—¿Mi amiga?

—Sí. ¿No dijo usted que tenía una amiga? La amiga con quien estuvo aquí hace tiempo..., cuando me vio.

—Ahora no está.

Silvia se echa a reír. Empieza a toser y simula que se ha atragantado con un trozo de medialuna. Ya veo que no está, joven, tiene ganas de decirle, lo que me gustaría saber es por qué. Por qué vienes solo a verme. Qué quieres de mí.

Como si adivinara lo que ella deseaba preguntarle, el joven sigue:

—Usted me llama la atención. Quiero conocerla. Por eso he venido solo.

La voz suena amable y decidida. Un hombre valiente. Para ganar tiempo, Silvia mira por la ventana: un día de viento, de olas agitadas. Muy lejos en el mar divisa un barco, un punto minúsculo e inmóvil.

Permanecen en silencio. También el joven mira ahora por la ventana. A Silvia le parece que lo hace por delicadeza, de alguna manera quiere darle tiempo para elegir cuidadosamente una respuesta. Sin lugar a dudas su declaración —lo que ha dicho no puede ser sino una declaración— exige una réplica a su medida. El joven sigue mirando absorto por la ventana. Silvia se da cuenta de que sus ojos se dirigen hacia el mismo punto minúsculo e inmóvil.

—Un barco envuelto en la niebla —dice él despacio—. No hay apenas niebla, pero nada nos impide imaginarlo, para añadir más misterio.

—¿Añadir más misterio? ¿A qué?

—A nuestro encuentro. Una mujer hermosa, un hotel al lado del mar, un barco misterioso envuelto en la niebla, un hombre que espera...

Rompen a reír a la vez.